



manuel galich

EL ULTIMO CARGO

Sala en casa del coronel Gutiérrez. No hay nadie. Pero adentro hay una fiesta y los ecos llegan a la escena. Predominan las risotadas. si bien se oyen palabras de hombres y mujeres, entrecortadas, como: «los comunistas», «a la salud del coronel», «fue un gran triunfo de Gutiérrez», etc. Por el foro irrumpe Romelia. violenta, empujando por la barriga a un criado de saco blanco que trata de cerrarle el paso.

- ROMELIA. ¡Usted qué sabe! Es alquilado y no me conoce. Soy hermana de la señora Luisa y me urge verla.
- CRIADO. Pero es que la señora Luisa está indispuesta.
- ROMELIA. Lo supongo. Por eso vengo a verla. ¿No me oye? Soy su hermana. Quítese de allí. *(Lo empuja y entra.)*
- CRIADO. Tengo órdenes del patrón de no molestar a la señora.
- ROMELIA. *(Encendiendo un cigarrillo.)* Eso no reza conmigo. Dígale al patrón que aquí está su cuñada. La señora Romelia. A ver qué cara pone.
- CRIADO. Pero, señora, es que...
- ROMELIA. ¡Vaya le digo! ¿No me ve las lágrimas? ¿No sabe que la tragedia de esta casa me duele como si fuera mía? No por ellos. Por el pobrecito Andrés. *(Se limpia las lágrimas.)*
- CRIADO. *(Desconcertado)* Perdón, señora... Pero, creo que está equivocada.
- ROMELIA. Avísele a su patrón. Imagino que estará atendiendo. ¡Arrastrados! No pierden la ocasión. Hay mil automóviles en la puerta *(Risotadas adentro.)* ¡Vaya le digo! Son unos animales. Hacen fiesta de un duelo. *(El criado sale apenado.)* ¡Desalmados! Tiene razón Luisa de encerrarse. *(Más risotadas.)* ¡Claro! Para ellos es un gran acontecimiento. Estarán contando chistes, como siempre. Casi, casi le tengo lástima hasta al mismo Gutiérrez. Por tener que aguantarlos, con su pena. Después de todo y sea lo que sea. Andresito era su hijo. *(Entra el coronel Gutiérrez, con un vaso en la mano y un puro.)*

- GUTIÉRREZ. *(Alegrón)* ¡Romelia! (Deja el vaso y el puro y le tiende las dos manos.) ¿Pero es cierto? No quería creerle al criado. Sinceramente me alegro de verla en esta casa. Pero siéntese.
- ROMELIA. Gracias, Julián. (Comprendo que le sorprenda verme en su casa.
- GUTIÉRREZ. Me sorprende agradablemente. Me da mucho gusto.
- ROMELIA. Usted sabe cómo soy. Al saber la noticia no pude contenerme. Pensé en Luisa...
- GUTIÉRREZ. *(Extrañado)* ¿Luisa...? ¿Por qué en Luisa?
- ROMELIA. ¿Cómo por qué? Ah, pero, claro. Debí suponer que habría mucha gente de la suya.
- GUTIÉRREZ. ¡Bah! Usted sabe cómo son los muchachos. Cualquier cosa les sirve de pretexto para celebrar.
- ROMELIA. ¡Cómo! ¿Celebrar? ¿Celebrar qué?
- GUTIÉRREZ. *(Jactancioso)* Bueno... Supongo que eso que usted acaba de llamar «la noticia». El triunfo del ejército. La derrota de los guerrilleros esos. En último análisis, fue obra mía. La operación se basó en la exactitud de mis informaciones... A ellas debemos un éxito tan rotundo.
- ROMELIA. *(Que lo ha oído viéndolo fijamente, como incrédula. Estalla, al fin.)* Pero ¿es posible, Julián Gutiérrez, que usted permita festejar eso? ¿Y en su casa? ¿Y que lo festeje usted mismo? Estoy acostumbrada a esperarlo todo de usted. Pero esto es inconcebible. Usted es un desnaturalizado. ¿Es gente? ¿O qué?
- GUTIÉRREZ. *(Ofendido)* ¡Romelia! Recuerde que está en mi casa.
- ROMELIA. Eso, eso. En su casa, precisamente.
- GUTIÉRREZ. *(Aparentando serenidad)* Pero, hágame el favor, Romelia. ¿No tenemos nosotros el derecho de festejar un triunfo sobre nuestros enemigos? ¿No harían ustedes lo mismo si nos derrotaran? ¿No lo hubieran hecho hace un mes, si hubiera caído el gobierno?
- ROMELIA. Claro que sí.
- GUTIÉRREZ. ¡Entonces! ¿Por qué se sulfura así? Yo la he recibido como amigo. Pero usted viene con la espada desenvainada. Sin motivo.
- ROMELIA. Para usted que no tiene el más mínimo sentimiento humano, será sin motivo. Para mí, no. Yo quise a Andresito como si fuera mi hijo. Lo que usted no hizo.
- GUTIÉRREZ. ¡Usted qué sabe! Aparte son mis servicios al gobierno y aparte mis sentimientos de padre. Pero, además... ¿qué tiene que ver Andrés en esto?
- ROMELIA. ¿Todavía lo pregunta?
- GUTIÉRREZ. Es que no entiendo esta mescolanza.
- ROMELIA. Entonces ¿no saben?

GUTIÉRREZ. ¿El que? Si se refiere a mi incidente con Andrés, por el que se fue de esta casa para la suya, acepto, en parte, lo que dice. Yo fui viólenlo esa noche. Es verdad. Pero es que él me faltó al respeto. (Risotadas adentro.) Me trató hasta de traidor a mi patria. Por lo de los asesores gringos que tenemos. Usted comprenderá, Romelia, que en un puesto tan delicado como el mío... Sin embargo, he sido tolerante con sus ideas. Que, desgraciadamente, no son las mías, sino las de ustedes. ¿Por qué soy desnaturalizado? ¿Porque no he ido a buscarlo para traerlo a su casa de una oreja?

ROMELIA. (Despojada de toda violencia) ¡Julián! Entonces... ¿no lo saben?

GUTIÉRREZ. (Con un vago presentimiento) ¿No sabemos qué?

ROMELIA. Que Andresito... (Rompe a llorar. Gutiérrez tiembla, demudado. Risotadas adentro) ¡Ay. m'hijito de mi corazón!

GUTIÉRREZ. Diga, diga, por favor, Romelia. ¿Le pasó algo a Andrés? ¿Le pasó algo malo?

ROMELIA. ¡Iba en la columna guerrillera que liquidaron ustedes!

GUTIÉRREZ. (Fuera de sí) ¿En la columna? ¿Andresito? ¿Andresito en la guerrilla? (Suplicante) Dígame que no es cierto, Romelia. Dígamelo. Por el amor de Dios. ¿Verdad que no? Es alocado, pero no para tanto.

ROMELIA. Sí, sí ¡ha. Y lo mataron, lo mataron, Julián. ¡Lo mataron!

GUTIÉRREZ. No, Romelia. No me diga eso. Es mentira suya. Quiere probarme. Quiere ver si lo perdono. Dígame que venga cuando quiera. Estoy arrepentido de aquella noche. Fui violento. ¿Verdad, Romelia, que eso es? (Risotadas adentro.)

ROMELIA. No. Julián. Está muerto. ¡Muerto! Ni siquiera preso.

GUTIÉRREZ. No, usted miente. ¡Miente! Yo tengo la lista de los muertos. Lo hubiera visto. Son setentaicuatro. No hay ningún Andrés. (Gritando desaforado) ¡Son mentiras! ¡Son mentiras suyas!

ROMELIA. En la columna iban ciento catorce. Eso no lo sabe usted. Julián. No se lo dijeron sus asesores gringos. Ni sus otros orejas. Ustedes mismos han dicho que no se salvó ni uno. Que no hubo presos. Andresito es de esos «no identificados», que dicen ustedes. Es de los «desaparecidos».

GUTIÉRREZ. ¡Ni uno! Eso dice el parte del ejército. Pero, no, No lo creo. Andresito no iba allí. Me lo dice el corazón. (Gritando como si lo torturaran) ¡No lo creooooo! (Risotadas adentro.)

ROMELIA. (Contrastando en su calma amarga, con la histeria de Gutiérrez.) Lo comprendo, Julián. Comprendo que no quiera creerlo. Que se aferré a la esperanza. Yo también quisiera tenerla. Pero no puedo.

GUTIÉRREZ. ¿Por qué? ¿Por qué está tan segura de que Andresito iba? ¿Cómo sabe que eran ciento catorce?

ROMELIA. Porque él mismo me lo dijo.

GUTIÉRREZ. ¿Andresito?

- ROMELIA. Sabía que estoy integralmente con ellos. (Desafiante) ¡Como lo saben ustedes!
- GUTIÉRREZ. ¡No me importa eso ahora! ¿Me oye, Romelia? ¡No me importa! (Con voz sorda, inquisitorial, con reproche.) Pero ¿por qué no me avisó, por lo menos?
- ROMELIA. ¿Avisarle? ¡Jamás! ¿No se da cuenta de que eso equivalía a una delación?
- GUTIÉRREZ. (Golpeándose la frente con los puños.) ¡Por qué lo dejó ir. entonces!
- ROMELIA. Se me escapó de noche. Siempre tratamos de disuadirlo con Miguel.
- GUTIÉRREZ. (Ruge, se transforma, se le inyectan los ojos.) ¿Qué? ¿Quién? ¿Su hermano Miguel? ¿Que trató de disuadirlo? ¿Sabía él, entonces, que Andresito iría?
- ROMELIA. (Con naturalidad.) Sí.
- GUTIÉRREZ. ¿Cómo?
- ROMELIA. El mismo Andresito se lo dijo.
- GUTIÉRREZ. ¿A ese? ¡A ése precisamente! ¿Pero a quién se le ocurre? ¡Qué idiotez! ¡Pero qué idiotez. Dios mío!
- ROMELIA. ¿Por qué? ¿Por qué idiotez? Miguel trabaja con nosotros. Es de los nuestros.
- GUTIÉRREZ. No. no. no. Es mío, es mío. Es el mismo canallita de siempre. El mismo. El mismo. Se le pagó una fortuna por esa información. Por eso liquidamos a la columna. (Romelia recibe un golpe aplastante.) ¡Y vino de Andresito! ¡Me lo ocultó! ¡Me lo ocultó el canalla! ¡No me dijo lo de Andresito!
- ROMELIA. (Balbuceando, anonadada.) Entonces ¿fue Miguel...? Entonces ¿fue él, el que...?
- GUTIÉRREZ. Sí, sí. Su hermanito, su correligionario. Allí tiene lo que son ustedes. Los que se dicen «revolucionarios».
- ROMELIA. (Reaccionando violentamente.) Ah, no. Esa mugre no puede ser mi hermano. A ése lo parió una hiena. No nació de mujer alguna. Ni pertenece a nosotros sino a ustedes. Nosotros somos Andresito y miles como él. Ese otro, el delator, el traidor, es hechura suya. Ustedes los descubren, ustedes los perfeccionan, ustedes les pagan, ustedes los ascienden. Gracias a ellos ustedes viven y mandan. Sin ellos no existirían. ¡Vaya a reunirse con su gentuza! ¡Vaya a seguir celebrando! (Risotadas adentro.)
- GUTIÉRREZ. (Un poco como enajenado, como fiera enjaulada. Hablando solo.) Eso sí... Eso sí que no. No, no, no. Nadie se ha burlado de mí. Y menos un degenerado como ése. No, no, no. Esto no se queda así. Andresito está muerto. Está bien, está muy bien. Está muerto mi hijo. Y fue ése. Ese fue el que dejó que lo mataran. No tuvo escrúpulos. El quería servir la información. Para su hoja de servicios. Para cobrar su recompensa. ¿Ah, sí? ¿La recompensa? Pues la va a tener. Está bien. Está muy bien. Dejó que lo matara el ejército.
- ROMELIA. (Hundiéndole la frase a fondo.) No. Julián. El traidor dejó que lo matara usted. Junto con los otros ciento trece muchachos. Usted ahora está cubierto de gloria por eso. (Risotadas.) ¿No la oye?
- GUTIÉRREZ. (Siempre perdido en tu odio y en su dolor, que puede ser sincero.) No, no, no. Yo no lo sabía. Lo juro, por Dios. (Romelia no puede dejar de sonreír sarcástica.) Por lo que más quiera. No lo sabía, no lo sabía. ¡Andrés! ¡Muchacho loco! (Cla-

- mando a algo en el espacio.) ¡Por qué no me hizo caso! ¡Por qué! (Se apoya en cualquier mueble con la cabeza entre las manos.)
- ROMELIA. (Con espíritu de pequeña venganza, en nombre de los otros.) ¿Piensa en los padres y las madres de los otros muchachos muertos, Julián?
- GUTIÉRREZ. (Sin oírla.) Contéstame, Andrés. ¡Contéstame!
- ROMELIA. (Como antes.) ¿Quiere más respuesta que su muerte? ¿Ni ahora es capaz de comprender por qué los repudian hasta sus propios hijos?
- GUTIÉRREZ. ¡Si yo hubiera sabido! ¡Andrés! ¡Andréees! ¡Contéstame, por el amor de Dios!
- ROMELIA. Lo dejo solo, Julián, con su conciencia y su pesar. No quiero hablar más. No es el momento. Vine a consolar a Luisa, en la creencia de que... Pero ahora... ya no me atrevo a verla. (Da un paso hacia la puerta.) Después de todo, lo siento, Julián.
- GUTIÉRREZ. (Cambia. Otra vez suplicante.) No, no, Romelia. No me deje solo. Perdone mis palabras. Le agradezco que haya venido. Hizo bien. Realmente, yo no lo hubiera imaginado, (Nuevo cambio. Ahora torvo, con terrible furor contenido, lívido de intención vengativa.) Ni ése. ¡Maldito! No imaginó jamás que usted corriera a esta casa. Pensó que nuestra enemistad política le guardaría las espaldas. Pero no va a tener tiempo ni de convencerse de que no fue así. Le agradezco, Romelia. No sabe cómo le agradezco que haya venido.
- ROMELIA. No vine a eso. Y por favor no me hable más de esa inmundicia. Me revuelve el estómago... Déjeme ir, Julián. (Risotadas adentro.) Tiene gente en casa. Atiéndala.
- GUTIÉRREZ. Antes tengo que dar una orden. No hay que perder tiempo. No hay que esperar a que la serenidad lo debilite a uno. No. Estas cosas se hacen en caliente. Ya, ya, ya. (Va al teléfono. Romelia da otro paso hacia la puerta.) No. por favor, no se vaya. Se lo ruego. Esto es cosa de un segundo. (Habla por teléfono.) ¿Sí? Habla el director. Bueno, bueno, bueno. Cumpla esta orden, urgente. Cite al número 7 para el Sauzalito. El sábado por la noche. Y prepáreme tres rebajados para un trabajito de confianza. ¿Entendido? Bien. (Corta.)
- ROMELIA. ¿Allí lo van a...?
- GUTIÉRREZ. Sí.
- ROMELIA. ¿Eso ha sido el malvado? ¡El número 7! ¿Y por qué en el Sauzalito? Ese chalet fue nuestro, en otro tiempo.
- GUTIÉRREZ. Por la costumbre, Romelia. Por la costumbre. Y porque ese lugar es muy discreto. Allí eran nuestras cilas para que ustedes no sospecharan. Si lo cito a otro lugar, ahora puede sospechar él.
- ROMELIA. ¡Que asco! Adiós. Julián.
- GUTIÉRREZ. No, Romelia. Ayúdeme a decírselo a Luisa.
- ROMELIA. Usted sabrá hacerlo. Yo no puedo. (Sale casi huyendo de allí.)
- GUTIÉRREZ. Pero, Romelia... (Se vuelve. Ya no lo oye Romelia. Se golpea la frente con los puños y luego se apoya contra la pared, de espaldas al público. Las risotadas llegan de adentro torrencialmente.) ¡Andresito! (Telón.)